Lucio Vicente Lopez

ENTRE la nueva generacion que da brillo à las letras en el Rio de la Plata, ocupa un puesto de primera fila el Doctor Lucio Vicente Lopez, una de las inteligencias más bien preparadas y uno de los talentos más robustos y chispeantes que conozco; y digo así, no ya por lo que de sus obras de pública notoriedad se deduce, sino porque revela más esas dotes en su trato íntimo, en su conversacion familiar que es siempre amena, erudita, satírica, salpimentada con esas salidas que no pueden reproducirse en el lenguaje escrito, pero que dan sello à una personalidad y la destacan con perfiles prominentes.

Yo he conocido à Lucio desde niño; soy su coetáneo, su amigo, y lo mismo de chicuelo que de mozo y que de hombre, he tenido ocasion de estudiarlo detenidamente, y de apreciarlo en las distintas laces por que ha pasado hasta alcanzar el distinguido puesto que hoy ocupa entre los hombres de letras que descuellan en el Rio de la Plata.

Tomarlo desde niño, seria emprender una obra seria, algo que no cabe dentro de los límites de un artículo de diario, porque Lucio Lopez tiene historia desde la edad en que otros apenas tienen para contar sus hazañas en el delirio. Y no que descollase por aplicado ò por precoz, pues si en algo sobresalía Vicente, que así se llamaba entonces, era en las travesuras, que tenían revuelto à todo el barrio, y con especialidad à los sacristanes de la Matriz en cuya vecindad vivía. Toda su inventiva la aplicaba à descubrir medios de traer desasocegados à los que vivían à su alcance, sin contar las improvisadas en la calle, así que se le presentaba la ocasion.

En muchas de aquellas travesuras fui yo compañero y la víctima espiatoria de sus barrabasadas, como que sin advertírmelo las realizaba el maldito, y sacaba el bulto, dejándome en la estacada. Hace de esto algo más de veinte años, y lo recuerdo como si fuera ayer, lo que no digo por alardear mi memoria, pues siempre se recuerda aquello que trae aparejado un buen susto ò algo más contundente.

Y para que se conozca el género de las travesuras de mi amigo, quiero aquí contar por lo ménos una, no por ser la más ruidosa, sino por que ella muestra la maligna tendencia de este que nunca ha dejado de ser travieso y que no dejarà de serlo mientras viva.

Es pues el caso que un medio día, íbamos los dos alegres y contentos à pasarnos la tarde en el campo, libres del colegio, y haciendo mil proyectos sobre caza de pájaros y juego de cometa con que habíamos de solazarnos en una quinta. Íbamos, como se iba entonces, que no había tramways ni nuestros padres nos costeaban el lujo de tener *facton* ò *dog-car* ò alguna de estas gangas que tienen los caballeros de hoy.

Para no andar con más preámbulos, diré sencillamente que íbamos à pié, à campo traviesa, cortando por los atajos y metiéndonos por los portillos que se nos ofrecían al paso. Y hay que tener en cuenta que entonces empezaba el campo en la esquina de Dayman ò Rio Negro, y la Aguada era un pueblo aislado, para comprender que anduviésemos así saltando cercos por donde hoy se ven manzanas totalmente edificadas con hermosas casas y establecimientos fabriles.

Apartándonos del camino real, de esta que es hoy calle de Agraciada y que entonces se llamaba del Càrmen, cruzamos el arenal por los Pozos del Rey, y tomamos por detrás del molino de Batlle, siguiendo ese camino, que era una calleja punto ménos que intransitable.

Era, como decía, un medio día, un medio día de Diciembre, caliente y pesado. Los vecinos dormían seguramente la siesta, y algo rendidos nosotros con la marcha, nos sentamos en el tronco de un ombú, que está ahí todavía al lado del cañaveral que circunda un pozo situado à orillas del camino. Descansábamos allí sosegadamente al reparo del follaje tupido del ombú, cuando mi compañero me llamó la atencion sobre unos hombres que trepados en un pretil de una casa cuyo frente daba à la calle Real, se ocupaban en colocar un caño de hoja-lata. de estos que terminan en un morrion giratorio. Coronaba aquel artefacto un gallo también de lata, que había de servir à guisa de veleta para dar asidero al viento.

—Esperemos à que coloquen el caño, me dijo Lucio; y aunque considerè poco interesante la operacion, no puse obstàculo, calculando ya que alguna intencion aviesa motivaba aquel retardo.

Los obreros continuaron su trabajo. El uno arreglaba el eje del morion giratorio, el otro sujetaba el caño con alambres, y al cabo de poco rato quedò todo terminado, destacàndose en lo alto de la chimenea el gallo con una soberbia y ondeada cola. Miraron los hombres su obra, recogieron sus herramientas y chismes, y se dispusieron à bajar.

Todavía no habia desaparecido la última cabeza por la escalera, cuando ya le habia zumbado al gallo una pedrada, que à tocarlo, allí quedàra tumbado para siempre. Lucio reia, y apuntaba ya su segunda pedrada, que tampoco diò en el blanco. Me pareciò muy del caso tomar parte en la fiesta, y muridos ya los dos de buenos cascotes, empezamos à menudear una guerrilla que daba miedo. No sè quièn fuè el que acertò, pero si sè que à las ocho ò diez pedradas desapareciò el gallo de sobre la chimenea, y junto con el gallo desapareciò Lucio por detrás del cerco.

Reia yo con toda la buena gana à que el caso se prestaba, mirando à la chimenea despojada ya de su coludo adorno, cuando me senti acogotado por dos fornidas manos, cuyas contundentes caricias no me permitian ver siquiera à quièn pertenecian. Resultado final: el dueño del malhadado gallo, apercebido de las descargas de que su ave era blanco, habia salido por una puerta falsa, trasera de la casa, salida que no se le escapò al lince de Lucio, quien viendo el caso apurado, juzgò prudente dejarme en la estacada, creyendo, y con razon, que aquel energùmeno se desahogaria con el primero que le cayese à mano, como en efecto sucediò, siendo yo la victima espiatoria de aquella travesura ajena. Y no parò la cosa en algunos coscorriones, sino que aquel bárbaro me conservò en rehenes, encerràndome en una pieza, adonde iba de rato en rato à visitarme, y cada vez me decia: —Picaro; ¿por què me rompiste el gallo? acompañando siempre la pregunta con algun mojicon que me descompajinaba. Recien à la noche me soltò, con una despedida bastante enèrgica, y sobre quedarme sin comer, y sufrir un reto en casa de padre y muy señor mio, y acostarme con los huesos molidos, tuve todavia que soportar al dia siguiente las chanzas de Lucio, para quien la fiesta habia sido completa.

De estas, y aún de otras de mayor calibre, tendria para contar por docenas, pero harto me he estendido ya en estas niñerías para seguir ocupando al lector en cosas de tan poca monta.

Llegado à sus mocedades, Lucio Lopez empezò à revelarse como poeta. En un concierto de caridad que se diò en Solis, allà por el 63 ò 64, se leyò una composicion suya que fuè muy festejada. Tentado estoy de vengarme de alguna de las travesuras de mi amigo reproduciendo aqui aquellos versos que conservo en la memoria, y no resisto à la tentacion. Decian asi:

¿Qué sones sublimes percibe mi mente
Que extático escucho con mudo estupor?
¿Serà que las ninfas con gênio potente
A Vènus entonan sus himnos de amor?

—
¿Serà que àlbos cisnes previendo ya el dia
Al alba saludan con suave cantar?
¿Serà quizá un sueño de la mente mia
Que extático me hace aqui delirar?

—
Mas no! no son rinfas del cielo divinas
Ni cisnes nevados, ni loca ilusion,
Son si de *mi patria* las bellas ondinas,
Las que hoy me arrebatan asi el corazon.

—
Perdon si un instante yo crei vuestro acento
De ninfas ò cisnes ¡oh vano ideall!
Pues ellas no tienen el alma talento
Que tienen las hijas del pueblo oriental!

—
Cuando estos versos compuso, no tenia Lucio Lopez quince años de

edad, pero aun mediando esa circunstancia, no presagiaban esas estrofas al que pocos años despues habia de darnos la bellisima traduccion del Canto VI de la Èneida, y el poema sobre *El Cuzco*, obras por si solas bastantes à fijar una reputacion literaria.

Pero en el intervàlo que mediò entre su primera composicion sobre los cisnes nevados y estas obras de aliento, produjo Lucio versos como para llenar diez tomos. Naturaleza ardiente, casi podria decir volcànica, se viò dominado por el amor àntes de llegar à hombre. Amaba con pasion, con delirio, con frenesì, y todo aquel fuego que le brotaba del corazon, salia por la cabeza, en forma de versos, romances interminables en que èl detallaba todos los encantos de sus imaginarias novias, y reseñaba todas las peripecias de sus amores. Basta, para dar una idea de aquel furor de poetizar, con decir que una noche escribiò todo un poema, cuyo argumento versaba sobre un paseo que habia hecho su novia en carruage, seguida por èl, ginete en un fogoso caballo. Todo eso ha quedado inédito, asi como una zarzuela en tres actos titulada: *Enredos de amor en Lima*, que era en su gènero una obra bien acabada, con un marcado sabor local, fruto de los estudios que hizo sobre las costumbres del Perú, para lo cual contaba con preciosos elementos en el archivo de su padre, ocupado à la sazón en el plan de su monumental obra sobre las razas Aryanas.

Ya en ese tiempo era Lucio Lopez estudiante en la Universidad, y para decir verdad, figuraba muy por abajo de otros condiscípulos que mäs tarde han quedado en el llano, mientras èl ha escalado las cumbres.

Pero asi como era descuidado en sus estudios universitarios, era Lucio aplicadísimo en su educacion literaria. No tenia sus veinte años cuando ya conocia à fondo los clásicos españoles, y leia todo lo que era fundamental para hacerse un erudito en todo lo que à la literatura concierne. Facilitàbale mucho el camino las indicaciones de su padre el doctor don Vicente López, versadísimo en esas materias, y apasionado por ellas, à punto que de ellas hacia el tema de sus conversaciones à todo momento, inculcando asi à su hijo preciosos conocimientos, de esos que aisladamente solo se adquieren despues de largos años de lecturas asiduas.

El año 69, despues de una larga emigracion, volviò el doctor Lopez à la República Argentina, su patria, y con èl se fuè Lucio dejando *la patria* de sus versos para adoptar la de su padre, hecho que apunto sin ànimo de hacer un reproche, pues sobrados motivos tenia para ser argentino el nieto del cantor de las glorias Argentinas.

En aquel vasto teatro de la actividad americana, Lucio Lopez encontrò el escenario que à sus facultades convenia. Apaciguados sus ardores juveniles y desarrollado su talento, se aplicò sèriamente al estudio, y en breve se hizo conocer, conquistàndose un puesto de primera linea entre la juventud distinguida de Buenos Aires.

Necesitando trabajar para sostener su rango, lo hizo sin descanso por espacio de algunos años, repartiendo su tiempo entre las tareas del foro, del periodismo y del profesorado, que ejercia conjuntamente. Envuelto en las agitaciones de la politica, fuè diputado al Congreso provincial, y aquel jòven que parecia no haber vivido mäs que para las letras supo distinguirse como estadista, tomando la direccion en àrduas cuestiones politicas de grave trascendencia para aquella actualidad. Yo lo he oido discurrir durante dos dias enteros sobre la autonomia de los Estados con una verbosidad y erudicion sorprendentes, lògico razonador, sin declamaciones, haciendo èl solo frente al debate que sostenian sus hàbiles adversarios.

Y al par que discutia en la tribuna parlamentaria, batallaba con ardor en la prensa, manejando la sàtira con gracia, con oportunidad, hiriendo en la llaga. Sus *suellos* en «El Nacional» eran un ariete formidable. La redaccion estaba en ese tiempo à cargo de Sarmiento, y un dia en que èste no pudo escribir, pidiò à Lucio que lo reemplazase. Esa misma tarde apareciò en *El Nacional* un artículo que hizo època. Para todos era de Sarmiento: la sàtira terrible de Sarmiento, el estilo originalísimo de Sarmiento, pero sin las incongruencias geniales en el autor de *Facundo*. Sarmiento se llevò toda la gloria de aquel artículo, pero yo he visto una carta en que el ardoroso viejo le decia à Lucio Lopez con ese motivo: — «Le he pedido que me reemplace por un dia en *El Nacional*, pero no que me suplantè».

Pero no era el carácter de Lucio el más apropiado para amoldarse á las exigencias de la política. Faltábale el principal aguijón que enardece la pasión política: la ambición del poder. Sus gustos eran más artísticos que militantes en la activa lucha de los partidos, y hastiado ya de aquel estéril batallar, se alejó del turbulento hervidero de pasiones y rivalidades para realizar un deseo que hacia tiempo le agujoneaba.

Fué á Europa, y la historia de ese viaje está condensada en un libro que es una joya como novedad, como estilo, como erudición, como sátira delicada; un libro en que hay críticas artísticas que no desdenaría Saint-Beuve, descripciones dignas de Flaubert; relatos de tanto movimiento y colorido como los de De Amicis; estudios sociológicos propios de Dickens; observaciones tan minuciosas y detalladas como las de Zola; un libro en fin en cuyas páginas encuentra el lector ese encanto, esa amenidad que no le permite abandonarlo hasta llegar á la última línea.

Y eso lo escribía Lucio Lopez en medio de una vertiginosa movilidad, sin darse un minuto de reposo, ávido siempre de ver y de estudiar hoy en Londres, mañana en París, al siguiente día en Roma; pasando de las nevadas laderas de los Alpes, á las encandecidas cuestas del Vesubio; de los bulliciosos y poblados lagos de Suiza, á los lagos tranquilos y silenciosos de Escocia; hoy en medio de la alegre voicingleria de Nápoles, y mañana en las solitarias ruinas de Pompeya; y vuelta á París, y torna á Londres, y girando siempre por todas partes; estudiando la festonada arquitectura de las catedrales históricas; analizando las tragedias de Shakespeare en la patria del gran poeta inglés, y el teatro clásico francés en la casa de Moliere; y del teatro, al Parlamento; y del Parlamento, á los Museos; y de los museos á la calle, á las plazas, á los hipódromos, á todas partes en fin donde se manifiesta la vida múltiple de aquellas sociedades que viven de novedad en novedad, y de sorpresa en sorpresa, desdenando por la tarde lo que fué el atractivo, de la mañana.

Solo Lucio Lopez podia realizar aquellos prodigios de actividad; él, para quien no hay un minuto perdido, ni una palabra de que no haga acopio, ni una mirada que no abarque los conjuntos y perciba los detalles. Todo en él es movimiento, inquietud, nervios. Basta verlo para adivinar sus tendencias y sus hábitos. Mezquino de cuerpo, toda su vida, su agilidad, su vigor, están concentrados en la cabeza, aplanada en la bóveda y protuberante en los costados, la frente saliente, las sienes palpitantes, y los ojos negros, brillantes, inquietos, escudriñadores, penetrando con la mirada hasta el fondo de lo que quieren ver.

Nunca vá despacio; parece siempre que lo apura algun negocio urgente, pero atento á todo lo que pasa. Saluda al uno, dirige al otro una broma, dá cita á un tercero; á este le pregunta por sus enfermos, al de mas allá le cuchichea dos palabras al oído, tiene siempre una frase cortés para las damas, una oportuna salida para las niñas, una graciosa disculpa para descargarse de alguna reconvenccion, y de todos se hace querer por su afabilidad, por su llaneza, por la ninguna ostentacion que hace de su talento, cuya reputacion lleva él, copiando lo que de Angier dice De Amicis, no con la prosopopeya de quien carga una condecoracion, sino con el abandono y la soltura con que un elegante lleva una flor en el ojal de la levita.

En aquel gran centro en que vive, y donde tanto talento se esfuerza en descollar, Lucio Lopez ha logrado mostrar el suyo sin provocar resistencias. No tiene rivales, no ya porque no haya quien lo supere ni lo iguale, sino porque aun la misma envidia no encuentra presa en aquel carácter sencillo y bondadoso. Miguel Cané es quizá algunas veces más pulido en el estilo; Pedro Goyena lo alcanza á veces en la intencion satírica; Estrada suele nivelársele en erudicion, pero él solo equivale á todos y reúne las cualidades que distinguen á cada uno de los otros. Lo que Lucio Lopez escribe no necesita que lleve su firma; se adivina su pluma hasta en el suelto mas insignificante, porque todo lo que de su pluma sale lleva el sello de la novedad y de la originalidad, algo que es suyo exclusivamente, y que nadie puede imitar.

Y así como es de original en sus producciones literarias, es también originalísimo en su modo de ser; tiene la movilidad de la ardilla y la inquietud del raton, lo mismo en su casa que en la calle; cuando come que cuando escribe.

Parecería un contraste consu genial actividad, el decir que Lucio Lopez es pescador de afición, pues que la pesca se considera como una de las más pacientes distracciones. Será así, no lo dudo, pero lo que sí puedo asegurar es que Lucio, pescando, es más activo y movedido que cazando. A un mismo tiempo, pone en práctica todos los sistemas de pesca inventados. Yo lo he visto en el Río Lujan, embarcado en una canoa, pasarse todo el santo día bajo un sol abrasador entregado á su diversion favorita. Tendía, de orilla á orilla del río, un *espinel*, una larga cuerda de la cual pendían mas de doscientos anzuelos; con la mano izquierda lanzaba un aparejo armado con grandes anzuelos, y al mismo tiempo pescaba con la derecha, á caña, mojarra, para no tener un solo instante de ocio. De pronto cimbraba el espinel con algun *dorado*, y allá iba él á cojerlo; ora era el aparejo el que anunciaba un prisionero, y lo recojía apresuradamente, y mientras las piezas grandes no picaban, iba sacando con la caña las glotonas mojarra que salían del agua como hojas de lanza bruñidas, y caían saltando al fondo de la canoa, donde á poco quedaban rígidas y opacas, arqueadas por las últimas convulsiones de la agonía.

Curiosas anomalías! Aquel talento superior, aquel poeta delicado, tiene en más su amor propio de pescador, que su gloria de literato. Parece algo imposible, pero es así. Él, que no tiene rivales en las letras, los tiene en la pesca; él, tan desprendido y bondadoso para todos, tiene egoísmo y celos con los pescadores.

En el Tigre, tenía un rival á quien solo le sonreía de los dientes para afuera: en su fuero interno, lo detestaba. Cultivaban ambos entre sí estrecha relacion de familia, y como caballeros, como hombres, se apreciaban mutuamente. Pero como pescadores, no podían ni verse, y aprovechaban todas las oportunidades para hacerse la guerra.

Una tarde volvía Lucio de la pesca; fatigado, sudoroso, bronceado por el sol, las manos ampolladas por las piolas, y el traje destrozado con los trajines de la faena. Venía dado á todos los diablos, porque el día había sido fatal: los doscientos anzuelos del espinel, los tres del aparejo, y el uno de la caña, no habían dado mas resultado que un miserable *dientudo* y media docena de *mojarra*.

Estaba ocupado en desembarcar sus intrincados aparejos, cuando se le presentó un peon, llevándole de parte de su rival un *surubi* enorme, de más de dos varas de largo, negro el lomo y moteado de blanco, el vientre amarillito, y las fauces inmensas, jadeantes todavía las rojas agallas con contracciones nerviosas.

Lucio quedó con los ojos fijos sobre el pescado tendido á sus piés y lo miró por largo rato, el labio inferior saliente como en señal de despecho, la mano crispada entre la rala cabellera, y al cabo de un rato de contemplacion, se metió en su casa sin dar siquiera las gracias al portador del obsequio.

Aquella noche no habló. Probablemente rumiaba algun proyecto magno, pues al día siguiente desapareció antes del alba, y no se le volvió á ver en todo el día. Al caer la tarde regresó, sudoroso, destrozado como el día anterior pero relampagueándole los ojos de alegría y antes de atracar con su canoa á la costa, levantó con sus dos manos un *surubi* mucho mas grande que el de su rival, y con aire de triunfo nos lo mostró á los que ansiosamente lo esperábamos temiendo que llevado de su impaciencia se hubiese extraviado en alguno de los riachos que forma aquel archipiélago.

Ni sus triunfos oratorios, ni sus éxitos literarios, ni una sentencia favorable en un pleito importante, le hubieran causado un transporte de alegría, de satisfaccion, de orgullo igual al que le produjo aquel éxito casual, aquel triunfo sin lucha, de haber sacado del fondo de las aguas un pez más ó ménos grande. Inmediatamente se lo mandó á su rival, y quedó restregándose las manos, gozando con imaginarse la cara que el otro pondría al verse humillado... por un *surubi* media vara más largo que el del día anterior!

Y cuando no pesca, caza; y cuando no caza, rema; y cuando se cansa de remar, vuelve á pescar y á cazar, y á hacer algo que lo tenga en movimiento durante el día... ¿para descansar por la noche? No; para seguir trabajando, estudiando, escribiendo, trazando una de esas bellas páginas llenas de gracia y de brillo que parecen escritas en el artístico

salon de los Goucourt, con todos los refinamientos de estilo y todas las delicadezas de ingenio que inspiran esos accesorios necesarios al gusto del artista.

Batallador incansable, defiende la más avanzada de las paradojas si por acaso se le escapó en la discusión, y la exajera, y la defiende con tesón, razonando cuando tiene a mano razones, y si le faltan, recurre a la gracia, a la sátira, arma formidable en su mano, y que sería terrible si no embotase la punta y el filo la bondadosa condición de su carácter.

Ahora mismo está empeñado en una lucha en que no toda la razón está de su parte, y aun así, él se lleva la palma por la gracia y erudición con que defiende su atrevida tesis, a punto de que hasta los que no piensan como él; no pueden menos que rendirse y ponerse de su parte, atraídos por el brillo de su talento.

Tal es Lucio Vicente Lopez, esbozado a la ligera, marcando apenas algunos de sus perfiles, y lo único que en abono de mi cuadro puedo decir, es que es verdadero, tomado del natural, sin favorecerlo en nada, antes bien dejando oscurecidos muchos de sus méritos para hacer resaltar algunas de sus rarezas.

Pero esas escentricidades en nada amenguan el valer de ese talento poderoso y original que brilla en las letras argentinas y dejará impresa su huella luminosa en el estadio ilustrado por las eminencias que han figurado en aquel vasto escenario de la cultura americana.

Siento terminar aquí, porque al recopilar mis recuerdos me encuentro con rasgos que ilustrarían más por completo la personalidad literaria de Lucio Lopez, pero un diario tiene límites insalvables, y ante ese tropiezo fuerza es detenerme, dejando para otra oportunidad la tarea de completar y pulir estos borriones, tarea que llevaré a cabo al incluir este artículo en la colección que en breve daré en forma de libro, ya que he encontrado un editor bastante atrevido para acometer la empresa.